

siones, que se destruyesen unas á otras, y todas mutuamente se debilitasen.

44 Vos sabeis, amigo Aymar, que yo he comparado las pasiones á los brutos. Ahora verémos lo que hace el diestro cochero, cuando ve todos los caballos de su carroza desbocados á un tiempo. Como no los puede sujetar á todos, dejando unos, pone todo el esfuerzo en apartar á otro lado uno ó dos de los mas vigorosos, para que estando la fuerza dividida, se debiliten las fuerzas de todos mutuamente: unos tiran á una parte, otros á otra: aquí cae uno, allí el compañero le salta por encima, y se enreda; y sirviendo ambos de tropiezo á los demás, todos se mezclan. Ya se levanta uno, y segunda vez cae en tierra: otro con los piés hácia arriba es arrastrado y herido, y todos se ven pisados y maltratados. En este tiempo hierva la batería de los piés, y mutuamente se ofenden; mas el coche está parado. Entre tanto el diestro cochero ya castiga á tiempo, ya á tiempo perdona, ya grita, ya amaga, y poco á poco se van levantando los brutos, corriéndoles hilo á hilo el freno y la sangre. De estos se ve caer á pedazos la espuma pendiente de los frenos, de aquellos se ven palpar los miembros de la pasada lucha; y cuando la furia está enteramente amansada, y las fuerzas abatidas, entonces el prudente cochero hace caminar el coche á paso lento y ordenado.

45 Ahora, amigos, si hiciésemos con las pasiones otro tanto, sacaríamos la misma utilidad. Procuremos, pues, disponerlas de manera, que la mas dominante trabaje contra las otras, y de este modo serémos señores de todas, porque las mas flacas quedarán vencidas y la mas vigorosa cansada.

46 No puede haber, dijo Elena, industria mas útil, si ella fuese practicable. Sacar triaca del mismo veneno, de los enemigos socorro, y de las enfermedades remedio, es todo cuanto podemos desear en esta empresa. Mas no, no nos consoleis, Miseno, con pensamientos hermosos. Enseñadnos una doctrina que pueda reducirse á práctica, porque poco vale una imaginaria felicidad á quien se revuelve en medio de miserias verdaderas. Á la manera de un preso que sueña ver los jardines mas amenos, y pasearse por las mas deliciosas florestas con gustosa compañía y perfecta libertad, y cuando vuelve en sí del lisonjero engaño, siente mas pesadas que nunca sus duras cadenas; así serémos nosotros de aquí en adelante, si no nos dáis un modo seguro para hacer que de nuestras mismas pasiones saquemos armas para vencerlas.

47 Sonreíase Neucasis, celebrando la prudente duda de la Em-

bajatriz, como impugnacion sin respuesta. El Embajador estaba admirado, y el Conde deseoso de oír la doctrina que á todos interesaba. Entonces Miseno se ofreció á declararles lo que parecia muy secreto; mas para esto quiso que cada uno dijese primero, cuál era la pasion que reputaba mas vigorosa de las tres mas principales que hacen guerra al hombre, prometiendo enseñarles con qué arte podria la *razon* servirse de ella contra las otras pasiones en favor de la *virtud*. Á todos contentó mucho la propuesta, y desde luego quisieran dar principio al discurso; pero quedó reservado para el siguiente dia, porque un viento algo mas fuerte les obligó á cortar la conversacion comenzada.

LIBRO XVII.

Disputase en el navío entre Aymar y Elena, embajadores, Miseno, el Conde de Moravia y Neucasis, capitan de la embarcacion, cuál es la mas poderosa de las tres pasiones de amor, gloria vana, é interés.—Elena asienta que el *amor propio* es origen de todas, y raíz de todos los vicios.—Miseno añade que el mismo *amor propio* bien entendido es virtud y remedio de todas las pasiones, y el único que puede satisfacer la *ambicion*, la *gloria é interés* del hombre.—Responde Miseno á las dificultades, manifiesta la diferencia entre el mérito y la fama; y hace una pintura metafórica del verdadero amor propio, contrapuesta al concepto que se tiene de él.—Sigue la cuestion, y defiende Miseno que el *amor propio* bien entendido es virtud, y mal usado origen de todos los vicios.

1 El dia siguiente, cuando el sosiego del mar reunió en conversacion tranquila á los cinco que disputaban la tarde antecedente, se continuó la materia. El Conde, que por su edad era el mas fácil en todos los movimientos del ánimo, era siempre el mas vivo y pronto, ya en las preguntas y deseos, ya en los proyectos é ideas, ya en las decisiones precipitadas. Así en la presente cuestion de cuál era la pasion mas poderosa, él fue el primero á decir su pensamiento¹. Era, pues, de opinion, que de todas las pasiones ninguna es tan fuerte como la del *amor*². Para no hacer injusticia, decia, se debe dar á Cu-

¹ Tres son las pasiones principales: 1.^a Concupiscencia de los ojos, ó *interés*; 2.^a concupiscencia de la carne, ó *amor profano*; 3.^a soberbia de la vida, ó *gloria vana*. (S. Juan, epist. I, cap. II, vers. 16).

² El *amor* de *concupiscencia* ó *apetito sensual* tiene doce movimientos: si

pido la corona; pues vemos que con cadenas de oro arrastra aun á los mas elevados monarcas. El soberano mas poderoso gime igualmente oprimido debajo de sus hierros, que el esclavo mas vil; de suerte que el cetro del *amor* es como la varilla de encantos, que si os tocaren con ella, quedaréis encantado y perdido. El héroe mas intrépido se vuelve cobarde, débil el mas vigoroso, loco el mas sábio, y aun el de pundonor mas delicado y brioso hace acciones tan indignas, que bien pronto viene á avergonzarse de ellas. Creo que en esto convendréis conmigo.

2 El Embajador, cuya experiencia le hacia mirar con otros ojos al mundo, afirmaba que la vanidad y deseo de *gloria* era aun mas fuerte que el *amor*. Deja el héroe, decia, á su idolo en la patria, y corre mares y tierras por ir á cortar un ramo de laurel en el campo de Marte. Al amor veréis sacrificarle haciendas, honras y vidas; mas nunca veréis que se le sacrifique la fama: y si hablamos de los grandes, sábios y doctores famosos, hallaréis sin disputa que el amor de la gloria vence toda otra pasion; pero unos y otros nada desean tanto como dejar para despues de su muerte una memoria viva de sus acciones, y que dure su fama aun cuando los miembros que las ejecutaron estuvieren ya muertos, y sus huesos carcomidos.

3 Mas como no todos los mortales son héroes en las letras ó en las armas, dijo Neucasis, debemos nosotros hablar ahora en general, y en este sentido digo que el deseo desordenado del *interés* es la pasion mas vigorosa. Este es el primer móvil de toda la máquina del mundo, y sino atended: quitad del mundo el *interés*, y todo paró de repente; cesó el comercio, se perdió la agricultura, y ya no se cultivan las artes. Si quebráis la punta á este estímulo del *interés*, ¿dónde hallaréis el mútuo servicio, que es el alma de la sociedad? ¿dónde la union civil de los miembros de este vastísimo cuerpo? Sin *interés* no hay dependencia, sin dependencia no hay sujecion, y sin ella no hay superioridad, orden ni leyes. Quitad la dependencia, y pondréis todos los hombres iguales, cada cual será un soberano; el ocio será su imperio, la inaccion su vida, y un torpe letargo nos ocupará á todos desde la cuna hasta el túmulo. Sin embargo, yo sujeto mi parecer al vuestro.

4 Elena quedó admirada del discurso de Neucasis; Aymar lo aplaudia; y el Conde lo aprobaba con encarecimiento, no obstante que sostenia ser la pasion del *amor* tan general como la del *interés*, inquietan al alma se llaman *perturbaciones* (*san Agust.*), si al cuerpo, *pasiones*. (*San Francisco de Sales, p. d. á d. D.*)

y por lo comun mas violenta. Pero todos deseaban oir á Elena, la cual queriendo unir en una sola las tres diferentes opiniones, les dice: que en todos los mortales la pasion mas robusta y mas nociva es la del *amor propio*: que esta era la raíz comun y el tronco de donde nacen los tres ramos principales en que ella se divide. Por lo tocante al *interés*, y en cuanto á la *ambicion de gloria*, convenia el Conde que nacian del *amor propio*: mas en cuanto á la pasion del *amor*, permitidme, decia, que os represente que ella tiene origen mucho mas noble que el del *amor* de sí mismo. En esta noble pasion el alma se da toda con tal generosidad, y está tan léjos de mirar por sí, que solo atiende al idolo de su adoracion. Quien ama, no atrae, que antes es atraido del iman poderoso de aquel objeto que le mueve el corazon en el pecho, se lo hace saltar y casi salirsele por los ojos; de suerte que quien mira por su interés y no se olvida de sí, no puede decir verdaderamente que ama.

5 Yo veo, dijo Elena, que vos, Conde, no sois novicio en esta ciencia de *amor*: no obstante, aun persisto en lo que dije; y os protesto que no es sino *amor propio*, y propio interés la pasion de *amor* mas generosa. Sabed que tengo hecha una bien delicada y exquisita anatomía de esta pasion, y al fin llegué á conocer que lo que públicamente se vende por amor generoso no es sino *amor propio*, muy vil y muy interesado. Gusta, por ejemplo, el infame Zopiro de la casta Cenobia, y sin embargo de ser un hombre depravado, un mónstruo indigno y detestable, y de un corazon negro, feo y mal formado, no por eso deja de enamorarse de la brillante virtud que da esmalte á su adorada beldad; procura su companía, gusta de su conversacion, y solo fijar en ella los ojos le arrebató el alma. Sea en buen hora. Todos dirán que la ama, al ver que tan fino se deshace en sus obsequios; pero reflexionad bien, y veréis que Zopiro busca su gusto, su consuelo, su interés, y no el bien de Cenobia.

6 Porque si gusta de verla, solo á sí mismo se lisonjea cuando pone en ella sus ojos. Si su companía le encanta, á sí propio se atiende, cuando la busca y la sigue. Tiene gusto de adorarla, así es: pero la adora, porque tiene en eso su gusto, tanto que secretamente desea, se desveía, trabaja y mina por satisfacer sus ansias, y esto aunque sea á costa de la perdicion de Cenobia. Ahora decidme, ¿es esto amarla? Si esto es amor verdadero, muy agradecida debe quedar la inocente oveja al lobo voraz, que por gustar de ella la sigue por montes y valles. ¿Y estará Cenobia obligada á recibir con obsequio sus pasos viles é infames? ¿Se ha de constituir en la desgraciada nece-

sidad de agradarse mucho de él? ¿De él que es un monstruo y un agregado de vicios? ¿Y qué culpa tiene ella de ser amada, para que la obliguen á dar su corazón á un demonio?

7 Desengañémonos: ninguno debe amar sino lo que fuere digno de amor, y la pasión de Zopiro por Cenobia, mientras no la purifique de sus monstruosos horrores, no lo hace en sí mismo amable: y así este desprecio que ella hace viene á ser una nueva prueba de su juicio, un realce grande de su virtud. Y cuando él últimamente se llega á desengañar que ella lo desprecia, veréis que inmediatamente convierte en calumnias todos sus antiguos elogios, y que á fuerza de injurias quiere conquistar un corazón justo. ¡Ah, Conde mio! ¿cuántos Zopiros se hallan en el mundo mascarados con la hermosa apariencia de amantes, siendo en la realidad unos hombres interesados, que no miran mas que á sí mismos; prontos á sacrificarlo todo á su pasión indigna, aunque sea la estimación, la virtud y el honor de las mismas Cenobias, á quien ellos dicen que aman? ¡Ah! que si ellas cuando los ven pisan sus piés con la rodilla en tierra, les abriesen con un puñal el pecho infame, entonces harían ver á todo el mundo, que en el altar de sus corazones no había otro ídolo que el de un interés propio. Así, Conde mio, bien podeis creer que esa pasión, como todas las demás, son un puro *amor propio*, y muchas veces indigno. Habló Elena con tal fuego, que su rostro encendido brillaba con doblada hermosura, dándole un nobilísimo realce la elevación de sus pensamientos, y las máximas de una heroica virtud.

8 Oyendo el Conde, se vió precisado á confesar el error común; y que en el idioma de los amantes se ofrecía como obsequio generoso lo que bien pesado en la justa balanza de la razón solo era *amor propio*, y muy vil interés. Contra esta pasión, decía él, se debe armar quien quiere que la razón le gobierne, porque esta sola pasión es el origen de toda nuestra ruina. Pero de aquí infero una consecuencia triste; porque si es imposible que uno resista á su *amor propio*, ninguna esperanza podemos prometernos de hacer resistencia á las pasiones, que nos arrastran al mal.

9 Muy silencioso Miseno escuchaba todos los discursos que se hacían por una y otra parte, y con aspecto risueño los aprobaba todos; mas no pudo tolerar una consecuencia tan absurda como la que el Conde sacaba. Y así, rompiendo el silencio, dijo: Ya que todos los demás han dicho su dictámen, parece justo que yo también dé mi voto.

10 El *amor propio*, bien examinado en su origen, es una pasión buena, justa y debida, porque naturalmente nos amamos á nosotros mismos; de suerte que la razón manda que cada cual se desee á sí el bien y mire por su felicidad, que esto es amarse verdaderamente; y así, solo quien estuviere desesperado ó furioso, dejará de amarse á sí mismo. Dios, que plantó en nuestra alma esta pasión innata, no nos podía dar cosa mala, ni con su propia mano nos podía impele al menor mal, porque generalmente lo detesta, y porque sería entonces contrario á sí mismo. Empero aunque esta opinión es buena é inocente en su origen, comunmente degenera con el tiempo, y sale fuera de los límites que Dios le tiene prescritos por la razón; y así es que el mismo *amor propio*, que bien gobernado es virtud, en llegando á traspasar ciertos términos es vicio y raíz de todos los males; como el calor, que moderado da vida, y siendo excesivo ocasiona fiebre y mata. Convengo que esta pasión es la mas fuerte de todas, y que á ella se puede reducir todas las demás; pero añado que no debemos pensar en destruir, sino solo en gobernarla, para corregir con ella las otras. Y así el *amor propio* bien entendido es capaz de poner freno á las demás pasiones y de sujetarlas todas á las inmutables leyes de la razón eterna.

11 Admiróse mucho Elena de lo que Miseno decía; y cual extranjero, que viendo pasar por entre gran concurso una belleza extraordinaria que le ha prendado el corazón, fija en ella los ojos, y sin perderla de vista la va siguiendo con ellos por medio de toda la multitud hasta llegar á informarse de la persona: así Elena encantada de tan preciosa máxima calló, y no atendiendo muchas cosas que dijeron acerca de esto Aymar, Neucasis y el Conde, apenas tuvo ocasión, le dijo á Miseno de esta manera: Esa filosofía es muy importante, y merece que se explique con mas individualidad, porque el mal de las pasiones desenfrenadas es universal; y si para domarlas descubriésemos un remedio general y tan suave como es el *amor propio*, ¡oh, y qué grandes aumentos tendría la ciencia del corazón humano! y pues que son tres las pasiones mas poderosas, veamos cómo nos dais remedio en el *amor propio* para cada una de estas tres peligrosas enfermedades. Figuraos, Miseno, que el Conde está enfermo de la fiebre de *amor*; que mi esposo lo está de la hinchazón

¹ El Autor de la naturaleza plantó en el corazón humano una especial y natural inclinación, no solo á amar el bien en general, sino tambien en particular, y sobre todo á la divina Bondad. (*San Francisco de Sales, tr. del Amor de Dios, lib. I, cap. 16*).

de gloria, y Neucasis de la hidropesía del interés: llevemos adelante nuestro discurso en tono jocoso, que no estamos en las aulas de la filosofía moral, é informe cada uno de por sí de los síntomas de su dolencia á nuestro médico, y sírvanos la conversacion de recreo, y tambien de utilidad.

12 Los síntomas de esta enfermedad de amor, dijo el Conde, ninguno podrá explicarlos con mas experiencia que yo; y así, Miseno, bien podeis creer que os pintaré puntualmente la verdad. El amor es un mal que insulta todos los miembros, y en cada uno de ellos ocasiona particular enfermedad. Primeramente en la cabeza ocasiona delirios, ceguedad en los ojos, frenesí en la sangre, en el pecho una especie de cáncer que insensiblemente va royendo el corazon y el alma; y un fastidio tal en el paladar, que todo lo que no sabe al objeto amado, le parece insípido. Con el amor queda el ánimo baldado y cojeando; y así siempre se inclina hácia una parte, y no da ni un solo paso derecho. El amor es una fiebre tan contagiosa, que muchas veces se pega con solo una mirada, y se apodera en un instante de toda el alma. Apenas llega á mordernos esta vibora, cuando ya corre el veneno de vena en vena, repasa todos los miembros, penetra las entrañas, pégase al corazon, y profundiza en él sus raíces. Creo que no puede haber enfermedad mas incurable. ¡Ah, Miseno, Miseno! si esta enfermedad tuviera remedio, no hubiera yo padecido tanto como os tengo referido.

13 Pues yo os le daré, responde Miseno, para que de aquí adelante no adolezcáis mas de ese mal. Quiero que ameís, si, pero sea como lo dicta la buena razon, y lo pide vuestra utilidad. La mano suprema no puso todas las perfecciones posibles en cosa alguna criada; y así, si un objeto nos cautiva el corazon, otro ha de haber mejor que nos pueda librar del cautiverio. Quien tuviere ánimo noble, no debe ser como los rústicos que nunca vieron la corte, y aturridos con el primer objeto que ven, imaginan que no hay en el mundo cosa mejor; y como suele decirse, se quedan á su vista embelesados. No así el prudente; este ha de ir mirando las cosas despacio, y después de haberlas visto bien, debe hacer de ellas una justa eleccion. Para esto es preciso saber mirar; porque el sábio se distingue del que es tonto, en que este anda vagueando con la vista por una y otra parte, y solo ve lo que ve. Mas el sábio mira, examina, piensa, reflexiona, y aun vuelve muchas veces á mirar para hacerse cargo, y formar de las cosas su cabal concepto. Si de este modo reflexionamos sobre el objeto que nos encanta, muy fácilmente nos po-

drémos librar de su encantamiento, porque hallarémos otra belleza mucho mas perfecta.

14 Caerémos, dijo el Conde, en otro lazo, queriendo escapar del primero; porque sea de una belleza ó sea de otra, siempre vendrémos á quedar esclavos. Á lo que responde Miseno: Venturoso lazo este segundo y cautiverio feliz para quien cayere en él; porque el amor entonces no será pasión que le aparte de la felicidad, sino que mas bien le lleve insensiblemente á poseerla. Esta belleza que os aconsejo tiene todo lo que puede lisonjear nuestra alma, y ser el origen de nuestros intereses, de forma que por fuerza se ha de preferir su belleza á toda y cualquiera otra hermosura.

15 Es tal su heldad, que aun á sus mismos enemigos enamora¹, de suerte que no hay en el mundo hombre tan perverso, que llegando á conocerla pueda detestarla. Hasta el mismo Dios, cuyos ojos están sumamente satisfechos de la infinita hermosura de la divinidad, jamás, permítaseme este modo de hablar, jamás podrá desasirse del poderoso atractivo con que obliga á que él la abraze y estime. Esta hermosura, amigos, es en su trato sincera y veraz; en sus promesas fiel é inmutable; en la amistad lisa y sin rebozo: ella es magnánima en los proyectos, constante en las empresas, y suave en la ejecucion de ellas. Aun mas; en los consejos os da grande sabiduría, prudencia en las resoluciones, ánimo en los peligros, y en los contratiempos os hace firme como una roca.

16 Pasmados lo oían todos, y Miseno viendo su admiracion, temiendo la incredulidad, les dice claramente: Yo hablo, amigos, de la virtud. La virtud ni teme, ni huye, ni finge; ni tuvo jamás necesidad de hacerlo. Al mismo tiempo es elevada y modesta, ni se esconde avergonzada, ni hace vana ostentacion de su belleza. Es lo que es; de nadie depende, ni hace caso de cuanto pueden decir de ella los hombres; porque ya la alaben ó la vituperen, todo para ella es lo mismo. Es rica, pero sin lujo; independiente, pero sin soberbia; afable, pero sin lisonja. En su fortaleza no hallaréis violencia, ni en su blandura flojedad. Ved ahora si puede haber mejor retrato de la hermosura increada, de quien ella es la mejor copia: ved si la virtud será amable á quien bien la mire y reflexione. Admirado Aymar, vuelve los ojos á Elena y al Conde como si les preguntase con la vista: qué les parecia de aquella admirable descripcion de la virtud; y conociendo en ellos por reflexion, como en un espejo, el mismo gusto

¹ Cum placuerint Domino viae hominis, inimicos quoque ejus convertet ad pacem. (Proverb. XVI, 7).

que él había experimentado, no se atreve á decir una palabra, temiendo interrumpir á Miseno, que al mismo tenor continuaba su discurso de este modo: Aun digo mas: si volvemos los ojos á nuestra utilidad, es imposible que hallamos objeto que mas lisonjee nuestro amor propio que la *virtud verdadera*, y desafío á todo el mundo para que os lo señalen con el dedo. Con la *virtud*, si la fortuna os levanta hasta el Olimpo, no tendréis vanidad ni soberbia. Si la desgracia os arrastra por el polvo de la tierra, ni decaeréis de ánimo, ni seréis vencido. En cualquier estado seréis el mismo, y seréis en todo feliz. Si los enemigos os persiguen, si los poderosos os oprimen, si os hacen gemir los tiranos debajo de los hierros duros de una esclavitud insoportable, no teniendo *virtud* estais perdidos; pero si la teneis, tambien tendréis inmóvil vuestro corazon; con ella únicamente se consuela, se alegra y se tiene por verdaderamente dichoso, como que con ella nada le falta para vivir con felicidad cumplida¹.

17 Supongamos, lo que muchas veces acontece, que no hay leyes para la inocencia, ni estimacion por el mérito; que la verdad no puede abrir la boca, que todo mundo amotinado y gritando al rededor de vos os condena sin que nadie quiera oiros, ni dar lugar para defenderos, lo que es muy frecuente en el mundo. Si sois virtuoso, decís en vuestro corazon: *Dios me oye, Dios me atiende, Dios me hará justicia*, y esto os satisface. Tal vez os veréis arrojado en tierra, y que todos como perros desesperados se os echan encima, tirando cada uno por su lado para despedazaros del todo, hasta no dejaros sino solos los huesos; en una palabra, veréis que el cielo, la tierra y los infiernos se han conjurado absolutamente contra vos para perderos; no importa: si en medio de todo esto conservais la *virtud*, quedará vuestro corazon en sosiego, y sin alterarse podrá decirse á sí mismo: *Dios es mi amigo, esto me basta*. Ahora id á buscar en otro cualquier objeto igual consolacion y dulzura semejante: ¿podréis acaso hallarla, Conde mio?

18 ¡Qué puedo yo hallar! responde afligido. Esta pasion maldita de amor que me trae toda mi vida tan encantado, nunca me dió consuelo sin desasosiego, sin susto, sin temor, sin un infierno de cuidados: cuidados antes, y cuidados despues de conseguir lo que anhelaba mi corazon. La *virtud*, como vos la pintais, veo que es el objeto mas digno de nuestro amor que puede haber, y que bien con-

¹ *Virtus ad beate vivendum se ipsa vivit contenta, et qui virtutem habet, ei nihil deest ad beate vivendum. (Ciceron, paradoja 2).*

siderado, es bastante para resfriar toda pasion la mas ardiente. Mas habia de ser vista de cerca; pero yo pienso que semejante belleza es como la de las estrellas, que están de asiento allá en los cielos, y que nosotros nos contentamos con solo mirarlas desde acá abajo, sin que nunca las podamos alcanzar.

19 No os engañeis, dijo Miseno: la *virtud* que tanto os enamora no está sola allá en los cielos, tambien la vemos en la tierra: vos mismo poseeréis la *virtud* si gobernais vuestras pasiones por las luces de la *razon* y las de la *Religion*. Atended lo que os digo. Dios os puso en el alma para guia de vuestras acciones la luz de la *razon*, que es una reverberacion de los rayos de la Divinidad; y esa misma luz, amortiguada por la culpa original, la avivó encendiendo en nosotros la lumbre de la *fe*. Todo lo que estas luces dictan, Dios lo aprueba; y así, arreglar cada uno por la luz de la *razon* y de la *fe* sus acciones, es lo mismo que estarse el alma componiendo y adornando delante del espejo de la Divinidad; ¡ved si con esto podrá dejar de ser bella y agradar á los ojos supremos! No es, pues, cosa imposible lo que os aconsejo, ni la *virtud* latónica jamás vista ni ejecutada en el mundo, sino muy fácil de practicarse con la asistencia de la mano suprema que nos ayuda; de suerte que hemos visto muchos héroes de esta filosofia verdadera que sacrificaron á la *luz eterna* sus pasiones, y que en ellos la Sabiduría infinita se complacia, y entonces por una especie de reflexion de esa misma complacencia que de sus acciones tenia el Ser supremo, redundaba en ellos una admirable satisfaccion y contento.

20 ¿Vosotros pensaréis que esos héroes tenian como Neron un corazon de hierro? Ó que, como se dice de Remo y Rómulo, ¿habian mamado de alguna fiera la primera leche? Pues no por cierto. Ellos tenian ojos como nosotros, el corazon de carne de la misma especie que el nuestro; y á más de eso muchos por propia experiencia habian como nosotros probado la dulzura engañadora del deleite sensible. Luego es forzoso que si despues la despreciaron, fuese precisamente por una preferencia juiciosa que hicieron del deleite suavísimo que les causaba la propia *virtud*. ¡Oh, hijo mio, creed á un hombre que probó en el mundo de todo lo que acostumbra encantarlos! Os juro por los cielos que nos cubren, por la tierra que nos sustenta, y todo lo que hay de sagrado me sea testigo, que ninguna satisfaccion humana puede igualar á la que tenemos cuando uno se dice á sí mismo: *Obré como debia, y el Ser supremo me alaba porque obedecia su eterna ley*. Este solo pensamiento disipa como el sol las